

María Jesús Cava Mesa

EL Instituto Vizcaino fue un imponente caserón que quienes lo disfrutaron antes de que comenzara a deteriorarse, lo recuerdan como una gloria arquitectónica del Bilbao de nuestros mayores. Ubicado en la hoy denominada plaza de Miguel de Unamuno, adquirió presencia durante años, junto a las no menos famosas escaleras de Mallona, gracias a su significado eminentemente cultural. El Instituto fue, asimismo, un lugar de memoria mercantil por excelencia. Albergó la primera sede de la Cámara de Comercio, Industria y Navegación de Bilbao, desde 1886. Los fondos documentales del antiguo Consulado y hasta el mobiliario de la antigua institución hallaron hueco en este magnífico edificio, después que se derribara el viejo Ayuntamiento en la plaza Vieja, junto a San Antón. La planta baja del edificio, desde fines del XIX, estuvo destinada a la Dirección y Secretaría de la Universidad Vizcaina, Escuela Práctica Normal y Sección Administrativa de Primera Enseñanza. El piso primero era para la Cátedra del Instituto y dependencias administrativas del mismo, y el piso segundo se destinó a la Escuela de Comercio y habitaciones del director y empleados. El Instituto dejó aquel edificio en 1928, y tras la operación de compra que llevó a cabo la corporación municipal presidida por Joaquín de Zuazagoitia, en 1954, al cabo de tres ejercicios, sufrió su metamorfosis definitiva, convirtiéndose en otro diseño funcional, al edificarse varios tramos de casas en el rectángulo que era y es la plaza, tal y como la conocemos en la actualidad.

En aquel prestigioso Instituto que soportó los embates de las bombas carlistas, y otras acciones bélicas posteriores, fue donde generaciones de bilbainos siguieron estudios de bachillerato impartidos por profesores, a quienes la Villa ha recordado de varias maneras. A esas generaciones de comienzos del siglo XX y a la saga de profesores de la etapa, va dedicado este artículo.

Formas educativas y prototipos estudiantiles

Una de estas hornadas compone la etapa de floración cultural del Bilbao de la modernización económica. Nombres a caballo entre los siglos XIX y XX que jalonan distintas páginas de historia local. Los hermanos de la Sota, Joaquín de Zuazagoitia, Pepe Aresti (uno de los primeros de clase), José María Gondra, José María Sondre, Andrés Mazas, Antonio Arocena, Eduardo y Justo Somonte (ex-alcalde y "oráculo socialista"), los Galíndez, Baqué, Castel, Taubmann, Ansuátegui y Andrés Isasi, Cecilio Ibarreche (portero del Athletic), Larrumbide, Moceña Minchero (que escribía canciones a la cupletista Bracamonte), Castet, Olasevaya, José Felix de Lequerica, Ignacio Areilza... "Juntos nos sentábamos en aquel viejo y noble edificio, levantado en el arranque de las Calzadas de Begoña. Allí declinamos los primeros latines, ante la mirada de don Saturnino Apraiz, siguiendo el texto del originalísimo Don Francisco Peña. En su patio de los forales hicimos ejercicios gimnásticos, dirigidos por la figura —ya envejecido, pero aún mosquetearil— de Felipe Serrate. Y bajo una

El Instituto Vizcaino

Allí se formaron las generaciones de bilbainos que lideraron la vida económica, social y cultural de la Villa a comienzos del siglo XX



El Instituto Vizcaino se ubicaba en la actual plaza Miguel de Unamuno

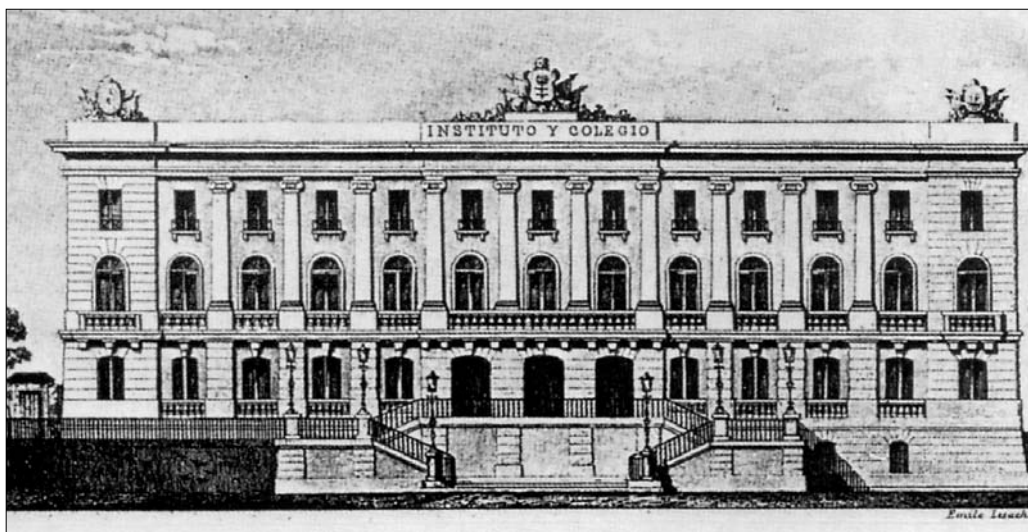


Imagen del desaparecido Instituto

reproducción del *Mercurio* de Juan de Bolonia, que coronaba una fuente pública, veíamos enfilarse la calle Iturrubide a unos pesados y ruidosos carros que se dirigían a la alhóndiga provincial, mientras nos impresionaban los presos, maniatados u ocultos en el coche celular, que eran conducidos a la Audiencia de la calle María Muñoz, donde aprenderían elocuen-

Mariano Laita, daba en la plaza vueltas rápidas y a un solo lado del cuadrilátero". Descrito como hombre de prestancia y bella cabeza, de barba blanca muy cuidada, "serio sin severidad de clase, enamorado de la historia", fue un comunicador ardoroso. Cosechó frases saturadas: "el joven Alcibiades ateniense en Atenas, espartano en Esparta y asiático en

cierto grado de displicencia nada tranquilizadora para el alumno de Física o Química. En tales condiciones los experimentos no salían nada bien y aquello se ponía oscuro...

Jenaro Carreño tenía la cara de un clásico del siglo XVII. Quevedo y Alarcón, habían servido de modelo a su bigotito y perilla, y ya con esta apariencia física daba gran autoridad a la clase de Literatura. Todo era allí castizo y tradicional. La preocupación del francés, entonces a cargo de José Pinedo, era absorbente. Cuando hacía el gesto de devorar la caja de los lentes, podía temerse todo, obeso, con perilla amplia, tipo isabelino, un día para corregir algún dislate escrito en el encerado cayó rodando por la escalerilla. Contener la risa y el temor a las sanciones inminentes, hacen sonreír sarcásticamente a los docentes de nuestro tiempo, al recordar estas conductas... Porque don José enviaba al calabozo tomando parte personal en la faena, contó Lequerica. Aún más, en un recuerdo de sus andanzas juveniles en el recinto, escribió que al visitar el nuevo Instituto que sustituyó al antiguo había echado "de menos aquellas jaulas con la parte superior de rejilla metálica donde

todavía algunos violentos profesores nos enviaban de vez en cuando. A mí el más ministerial de los mortales, me encerró una hora entera Pinedo sin que todavía haya podido averiguar por qué".

Juan Pérez Malumbres, fue descrito como conocido y querido por todo Bilbao. Explicó Psicología, apartado como estaba en su cátedra natural, el Latín. Ingenioso, competente, paternal, buen refranero, archivo de cuentos y anécdotas. Llegaba un poco tarde y salía tardísimo. Hablaba constante y agudamente. No tomaba la lección todos los días, pero de repente cada diez o doce se le antojaba preguntar las atrasadas. Y allí era Troya.

Máximo Abaunza, fue otro profesor elocuente y fecundo. La saga de maestros auxiliares fue igualmente proverbial (Manuel Lasa, Herrera, etc.), al igual que el profesor de Religión en esos años, "el Presbítero Doctor don Restituto Enrique de Basauri y Careaga", como constaba en la cubierta de un infolio amarillo de apuntes que hizo estudiar.

León Zegri fue un secretario con acento andaluz, un poco distraído. Y Santurmino Apraiz, machacó con la preceptiva conjunción copulativa, como recordó Alejandro De la Sota.

Las aperturas de curso en el precioso paraninfo desaparecido, debieron ser solemnisimas. Martín de Zavala, erguido y elegante en su frac de senador se sentaba junto a las autoridades y profesores y entregaba diplomas. De ordinario, no había discursos y sí algún premio, libros bien encuadernados, sujetos con cintas vistosas. López de Lerena y Epalza, recibieron, según se cuenta, una espléndida cosecha de recompensas bien ganadas.

Los alumnos de aquel tiempo iban con "uniforme democrático rematado en boina". Los "burgueses tremendos" de aquella promoción —Victor Chávarri, Ramón Sota, entre otros— se mimetizaron con el ambiente. Uno de los mejores de clase fue Joaquín García Alfonso. Beltrán de Guevara, luego notable médico, les seguía de cerca. Ignacio Areilza, estaba también en el pelotón de primeros. Gustavo Maeztu, no lo hacía mal. "Era ya irregular y movedido", dijo de él, el de Berástegui. Un día de pira generalizada, fueron a Begoña para ver la boda de "Marri vival" se decía —Merry del Val con la hija de Alzola— "bien lucida de uniformes y sotanas de colores". Joaquín Churruga exhibía precoz solemnidad y vocación política. Un tal Lawoday, constituía grave preocupación para los profesores, por las dificultades de pronunciación del apellido. Al periodismo local se dedicó Fuente Ercoreca, otro pupilo. Araquistain el escritor, debió sentarse con ellos en matemáticas como alumno de Náutica. Se jugaba en el patio de los forales, ya lo dije. Pero aún no estaba generalizado el *foot-ball*, aunque lo conocían de los veranos en Las Arenas. El "marro" ocupaba el puesto principal entre los juegos. Don Felipe Serrate, ya muy viejo entonces, animaba a subir a las paralelas o colgarse de la barra. Ni que decir tiene... aún no había señoritas en el Instituto. ¡Ah!, los conserjes también fueron recordados, como Martín y Sánchez diciendo puntuales: "Señor, la hora". Y yo digo, ahora, "¡Señor, qué tiempos!".

El edificio fue también la primera sede de la Cámara de Comercio, Industria y Navegación de Bilbao

cia algunos de nuestros condiscipulos que acudían curiosos a las vistas". Este fue uno de los recuerdos más entrañables de los reiterados por Alejandro de la Sota a lo largo de su andadura vital.

"El viejo Instituto era bello y simpático", escribió Lequerica. Tuvo hasta pérgola. Aquella que luego fue a parar a la plaza Nueva o la plaza de Fernando VII, donde los bilbainos de finales del XIX se defendían de la lluvia y saludaban "ceremoniosamente a los profesores que paseaban allí entre clase y clase". Contaba éste que "Don

Persia". O por ejemplo: "el abate Dubois hombre infame y cínico sobre toda ponderación".

Atanasio Lasala fue otro de los egregios profesores. Sucedió a Fernando Mieig. Según sus discípulos fue más "bonhomme", benigno sin debilidad. Se le quería. Don Atanasio paseaba poco o nada por la plaza Nueva. En cambio el señor Hernández, el "Físico", como le llamaron, daba siempre solo, unas vueltas muy inquietantes. Debido a cierto padecimiento hepático, aun siendo bondadoso y poco exigente, hizo gala de